

PASADOS DE LUCHA, *caminos para la lucha: historia y memoria en los* **Andes suroccidentales¹**

Jorge Perugache Salas²

Instituto Andino de Artes Populares - IADAP
Universidad de Nariño

Resumen

Mediante esta ponencia quiero explorar el proceso de elaboración de memorias en la comunidad indígena de Jenoy en el Departamento de Nariño. Pretendo mostrar cómo en esta población, ubicada en el municipio de Pasto, se recrea un repertorio de discursos históricos que si bien se movilizan en el presente con fines de reivindicación étnica y territorial, producto de su inminente desalojo por parte del gobierno colombiano por el supuesto de vivir en las faldas del volcán Galeras, son resultado de su relación histórica con el Estado y la sociedad nacional. En especial, me enfoco en evidenciar cómo, en la producción y circulación de memorias orales, se hacen implícitas permanencias y resignificaciones constantes de imágenes del pasado que se manifiestan a través del relato y el mito y que emergen en momentos críticos de su historia como pueblo.

Palabras clave: Historia. Memoria. Andes suroccidentales. Jenoy. Desalojo.

En 1950, mediante una Resolución del Ministerio de Agricultura y Ganadería, el Estado colombiano declaró disuelto el Resguardo de Jenoy, ubicado al noroccidente de la ciudad de Pasto. Según los relatos de los habitantes del actual Corregimiento de Jenoy, en ese tiempo muy pocos se opusieron a la disolución del Resguardo. Como cuentan, el gobierno en ese entonces amenazó a la gente que si no se pasaban a las escrituras, les iban a embargar las tierras y no podrían tampoco recibir los préstamos de la Caja Agraria.

1. Ponencia presentada en el XIV Congreso Nacional de Antropología "Proceso de construcción de la nación colombiana en el contexto latinoamericano". Universidad de Antioquia, Medellín, 23 al 26 de octubre de 2012.
2. Investigador del Instituto Andino de Artes Populares – IADAP de la Universidad de Nariño.

Las consecuencias del proceso de disolución de los resguardos ubicados en el Valle de Atriz durante la década de 1940 y principios de 1950, las tratan otros autores (Mamián, 2000; Muñoz, 2003; Fals Borda, 1959), sin embargo, vale la pena mencionar que muchos de los habitantes de estos resguardos, después de su disolución, migraron hacia otras regiones, principalmente al Valle del Cauca para laborar en la agroindustria del azúcar, al Putumayo y al Ecuador. Pero la mayoría permaneció viviendo en el pueblo, trabajando como amedieros en las haciendas maiceras que existían en los fértiles suelos de la zona templada de Pullitopamba y cuyos dueños eran en su mayoría grandes terratenientes o descendientes de los antiguos propietarios.

A pesar de que entre los relatos de los actuales habitantes de Jenoy no se encuentran mayores pruebas de algún brote de oposición a la disolución, en los archivos, particularmente en los expedientes de extinción de estos resguardos, localizados en el Archivo General de la Nación, y en otros documentos provenientes del Archivo Histórico de Pasto, es posible encontrar indicios de que algunos pobladores se opusieron a este proceso. Uno de estos documentos fue un memorial que en 1950, Nabor Erazo, alcalde segundo del cabildo de Jenoy, dirigió al alcalde de Pasto para pedirle revocar la orden de entrega del local donde sesionaba el cabildo al comisario Segundo Narváez. A continuación transcribo parte de este documento:

Un pueblo entero, el de JENYOY, con su trabajo y su plata es con lo que hizo su casa para su CABILDO, sin que nadie ni particular ni de categoría oficial, hubiese auxiliado con un centavo por la mitad [...] QUE se ha extinguido se dice el resguardo, dádiva del rey por medio de su AUDIENCIA DE SAN FRANCISCO DE QUITO y que hoy se considera al igual de tierras baldías. MUY bien, es la suma argumentación. PORQUE en resumen todo es del ESTADO salvo el derecho de usufructuo a costa de sudor. De ese derecho estamos en posesión con raíces de nuestras matas, con las bases de piedra labrada en que se sustentan los pilares de la casa del PUEBLO DE JENYOY. POR esa consideración VICENTE CONCHA, el publicista, oráculo del propio PONTÍFICE en la ley 60:1917 dispuso de PRESIDENTE que su ejecutase que jamás nunca podría tomarse por la fuerza las tierras poseídas por los verdaderos dueños, la indiada, el pueblo de aborígenes de JENYOY, tierra hecha sacrosanta con la sancrosanta del GENERAL SALON, a quien los esclavos del Rey mataron a piedra, allí en el camino junto a JENYOY. Con sumo respeto pido, y lo ruego, con todas las veras del alma que se revoque no más la orden de entrega del local, sus muebles, y su archivo. Que es trabajo y plata de la comunidad que subsiste como las raíces de sus arboledas, de sus matas, de los palos enterrados de sus casas, con las mimas cruces de sus muertes en el cementerio (AHP. FCP. Caja: 427. Libro: 3. Folios 271r-271v) (Mayúsculas originales).

Aunque esta carta ha jugado un papel importante en las actuales reivindicaciones de los habitantes de Jenoy, quienes desde 2005 se han visto abocados a la incertidumbre y el temor de abandonar sus tierras, producto del proyecto de reasentamiento que inició el gobierno a raíz de la reactivación del volcán Galeras y la declaratoria de zona de desastre de su pueblo y otras zonas aledañas al volcán, en el momento en que fue escrita la petición, no tuvo ningún efecto. El proceso siguió su curso y el cabildo tuvo que entregar la casa a la nueva autoridad elegida, ya no por la comunidad, como sucedía hasta ese momento con el cabildo, sino por el alcalde de Pasto.

La disolución del resguardo marcó profundamente la vida de los habitantes de Jenoy. Hoy en día algunos de sus pobladores muestran, a través de sus relatos, la nostalgia de los tiempos del viejo cabildo y una queja recurrente porque la gente de aquel entonces había dejado acabar con el resguardo.

Sin embargo, para aquella época, la política indigenista del Estado colombiano abogaba por la disolución de los resguardos y la integración de los indígenas a la sociedad nacional con el argumento de que ya no eran menores de edad sino ciudadanos como el resto de colombianos. Sin embargo, esta "ficción de la igualdad" (Mayorga, 2002), ocultó el sometimiento que seguirían sufriendo los habitantes de este y otros pueblos, aun después de haberse declarado baldíos sus resguardos y a ellos convertidos nominalmente en "ciudadanos".

Muchos habitantes de Jenoy no pudieron escriturar sus tierras por falta de dinero para el pago de agrimensores y los trámites notariales que esto implicaba y, a pesar de que en la Ley dejaban de ser indígenas, para los pobladores de la ciudad y de pueblos cercanos, los jenoyenses siguieron siendo considerados y tratados como indios. Hacia la década de 1970, los fértiles y planos suelos de Pullitopamba, alguna vez parte del resguardo, se convirtieron en grandes potreros para alimentar al ganado lechero. Una gran extensión de tierra, El Condorpatas, que según cuentan alguna vez fue parte del resguardo hasta que algunos cabildantes lo cambiaron a expensas de engaños de los terratenientes por una res muerta, es hoy un autódromo.

Por otra parte, durante las décadas siguientes hubo varios intentos por llevar el bus urbano desde la ciudad de Pasto al pueblo, pero la oposición de algunos habitantes no permitió que esto sucediera sino hasta inicios de la década pasada. Esto, sumado a la pavimentación de la vía circunvalar al Galeras, afectó de enorme manera la vida de los habitantes de Jenoy. Con los buses llegaron las pandillas y los problemas de la ciudad, pero también los turistas, que hoy en día son una de las principales fuentes de ingresos de muchos habitantes del pueblo. Así, las relaciones de los pobladores de los antiguos resguardos

con los habitantes de la ciudad siempre han estado cargadas de desconciertos, incertidumbres, opresiones y tristezas, aun después de que jurídica y simbólicamente alcanzaron la “mayoría de edad” y pasaron a ser ciudadanos. La expansión abrupta de la ciudad, la manera despectiva como muchos pastusos se refieren y tratan a los habitantes de estas poblaciones que trabajan en Pasto como obreros, celadores, amas de casa y vendedoras de mote, canastas y verduras en los mercados, y el desconocimiento y subvaloración de sus formas de vida y sus creencias, son evidencias de estas relaciones.

Pero lo que rebasó la copa de esta serie de atropellos, en Jenoy, fue la declaratoria de su pueblo como zona de desastre en 2005 y el proceso de reasentamiento que surgió a partir de ese momento.

Renaciendo por la vida

Paradójicamente, no fue el volcán quien mató a algún habitante del pueblo, sino más bien el temor infundido por las instituciones y el gobierno, que acabó con la vida de algunos mayores que no soportaron la idea de vivir fuera de su tierra. Como sucedía en todas las ocasiones cuando el volcán emitía sus fumarolas o temblaba, los jenoyenses sacaron la figura de su Virgen Pequeña y la llevaron a las bocas del volcán para calmarlo. Para ellos, esa era la manera como, desde antigua, podían dominar la furia del Galeras, pero para el gobierno y las instituciones no eran más que absurdas creencias que no permitían generar una cultura del riesgo.

Pero los jenoyenses seguirían insistiendo en su historia y sus costumbres para enfrentar, no al volcán, sino al gobierno, que se afianzaba en su posición. Empezó así un proceso de resistencia que se materializaría en la revitalización de prácticas culturales que se habían ido debilitando, pero que permanecían en la memoria de muchos jenoyenses. Las mingas y las fiestas tomaron nuevo impulso. En 2008 se posesionó nuevamente el cabildo, después de 57 años de haber estado en receso, y años más tarde se inició el proceso de reconstitución del resguardo.

El día de la posesión del cabildo en 2008, don Aparicio Pasichaná, elegido alcalde, leyó parte de la carta de Nabor Erazo, manifestando que este era un ejemplo de la resistencia de los jenoyenses y un legado de sus antiguas. La lectura de viejos documentos del archivo se volvió una costumbre durante esta primera etapa del cabildo renaciente. Pleitos, actas de posesión de los cabildos de la década de 1930 y 1940, actas de adjudicación de terrenos a comuneros en estas mismas décadas y otros, se complementaron con los recuerdos de la gente que había vivido en ese entonces y de quienes habían escuchado de los lugares y personajes mencionados en esos documentos.

Esto me permitió ver, siguiendo a Rappaport a propósito de su trabajo con los cumbales, como los documentos escritos, lejos de ser inmóviles o permanecer petrificados en el tiempo, adquieren fluidez cuando los usan por las personas que se ven involucrados en ellos y su uso depende de las circunstancias políticas y sociales en las cuales se releen (Rappaport, 2005): "El lenguaje escrito [...] proporciona un campo fértil para elaboraciones orales cuyas estructuras están determinadas por intereses actuales" (1996:157,206).

Con el uso de los documentos de archivo organizamos varios talleres de memoria, donde, a partir de su lectura, iban surgiendo historias sobre los cabildos de antigua, los castigos de ese tiempo, las mingas, como los entejos de las casas, las fiestas de las guaguas de pan y los castillos de comida, la historia de los terrenos que aparecían en las adjudicaciones y pleitos, así como la vida de sus dueños y sus actuales parientes. Pero hubo un tipo de relatos que llamaron mi atención, y que surgieron no sólo en los ejercicios de lectura de los archivos sino espontáneamente, en las conversaciones, particularmente, con mayores y mayores de la comunidad. Eran relatos donde se realizaba la capacidad de los jenoyenses para resistir las agresiones externas en varias etapas de su historia. En estas memorias de la resistencia, que se escuchaban además en asambleas y mingas, los jenoyenses reivindicaban su lucha por permanecer en su tierra. Lo interesante, además, era que muchos de los hechos y metáforas que aparecen actualmente en las narraciones de los jenoyenses, eran los mismos que mencionó Nabor Erazo en su carta hace más de medio siglo.

Memorias de la resistencia

En una conversación con doña Pascuala, una mayor del pueblo, sentí la ansiedad que ella tenía por contarme los hechos del pasado o los cuentos de antigua. En esa ocasión, ella me narró un relato, que posteriormente sería parte importante de las reivindicaciones de los jenoyenses en su lucha por mantener su territorio. Traigo algunos fragmentos de nuestra conversa:

Mi abuelita me contaba que habían habido unos conciertos, que un medio no lo podían pagar ni en un año ni en dos años, que eran conciertos de unos ricos, que ellos no podían descontar ese medio y así seguía y seguía y en eso tanto tiempo que cayó un rayo tremendo en el umbral de la casa. Del rayo salió un niño y se metió en un rinconcito de un wilke y dizque vino otra vez el trueno, ese candelazo ha sabido ser el hijo y ese trueno que viene es el papá. Entonces, el padrecito ya lo descubrió y le acomodó los santos óleos y entonces que tenía una letra que decía a donde cae este niño tienen que salir los ricos y los conciertos tienen que tener su libertad y donde cae este niño nadie lo va a mover,

ahí es la propiedad, es un sello, y había caído aquí en Jenoy ese rayo [...] había caído en las haciendas de los ricos porque allá que habían mayordomos, esclavos que no podían pagar ni un medio y que esos ricos se fueron y quedaron los mayordomos como propios dueños de este pueblo que se llama territorio de Jenoy, entonces quedaron de dueños y esos ricos se tuvieron que ir y el que cayó le dejaron de cacique, los caciques de Jenoy (Pascuala Criollo, 23 de enero de 2008. Grabación).

En la narración de doña Pascuala se mezcla la imagen del niño rayo, en otras narraciones llamado también Juan Rayo y Juan Criollo, con un evento doloroso en la historia de Jenoy. Muchos habitantes del pueblo recuerdan, por las narraciones de sus padres y abuelos, que ante el avance de los latifundios, a ellos les tocó ir subiendo al volcán hasta el punto de quedar arrinconados en la parte media y alta, zona donde hoy vive la mayoría de habitantes del pueblo. Ante esto, el cabildo tuvo que adjudicar tierras en el páramo, incluso muchos emigraron ante la falta de tierras disponibles. Mientras tanto, la mayoría de la población se dedicó a trabajar en las haciendas como peones conciertos, donde los indígenas tenían que trabajar a cambio de ir pagando la deuda que contraían por utilizar un pedazo de la hacienda o a cambio de especies, como comida, utensilios u otros elementos, que les daba el hacendado. Muchos, hoy en día, consideran que esas eran las épocas de la esclavitud.

Doña Pascuala menciona que el niño rayo bajó para liberar a los peones conciertos y que esa tierra quedó para los jenyenses. Sin embargo, estas tierras aún pertenecen a foráneos, familiares de los antiguos hacendados o personas que han comprado pedazos divididos de los grandes latifundios.

Esta forma de concebir el pasado coincide con otras exploradas en la región andina. Rappaport (2000) muestra cómo la conciencia histórica de los Nasa muchas veces se refiere al pasado como aquello que debía haber ocurrido, y no tanto lo que ocurrió. Esto lo logran a través del uso de imágenes míticas o metáforas, tal como el caso de Jenoy. Esto lleva a debatir la división tajante entre mito e historia. En las narrativas sobre el pasado de comunidades no-occidentales se conjugan imágenes autóctonas y acontecimientos mitológicos con relatos propiamente históricos. Esta yuxtaposición supone la elaboración de un modelo de interpretación del pasado donde los acontecimientos se mezclan unos con otros y donde no existe la linealidad ni el carácter teleológico patente en la construcción histórica de Occidente.

Otro tipo de historias que se narran con insistencia, en el presente entre los jenyenses, son aquellas relacionadas con las batallas. Una de ellas fue la que

enfrentaron, junto a las tropas realistas conformadas por indígenas de otros resguardos cercanos y pastusos, contra las tropas de Simón Bolívar en febrero de 1821. Esta batalla, conocida por la historiografía oficial como la Batalla de Jenoy, significó un duro revés para la campaña independentista ya que retrasó la toma de Pasto. Los jenoyenses aún recuerdan como, en esta batalla, ellos derrotaron a las tropas de Bolívar, lideradas por el General Valdéz. La variedad de relatos sobre este hecho es numerosa; sin embargo, casi todos coinciden en que la batalla terminó después de que una chichera lanzó una piedra desde un bordo, en un sitio conocido como El Trinquete, sobre la cabeza del general Valdéz, hiriéndolo mortalmente.

Así lo cuentan algunos jenoyenses:

Quando hubo la guerra y mataron a ese señor [explorador de Bolívar] que venían con túnicas que no les entraba nada y que tenían una corona, y una mujer, decía mi papá, pensar y hacerse de un bordo y atinarles en la cabeza, una mujer que le dio con una piedra en la cabeza, y “ustedes tienen que ser fuertes”, decía mi papá, “como el ejemplo de ella” [...] ahora cuando venían los conservadores a llevarnos y acostados nos sacaban y nos maltrataban a cargar piedras chicote, que decían que los llevaban a cargar al río, pero como eran fuertes aguantaban y llegaban, contaba mi papá que no los querían a los liberales y los mandaban a pelear [...]

Varios elementos se pueden resaltar de la narración de doña Tulia. Por una parte, se muestra cómo en la elaboración del pasado las comunidades andinas no tienen una visión teleológica del tiempo, sino que continuamente se mezclan hechos del pasado y del presente. En este caso, en la primera parte de la narración, doña Tulia señala que los soldados de Bolívar venían con túnicas por donde no les entraba nada. En otras versiones de esta historia, algunos mencionan también que los soldados de Bolívar traían armaduras de metal que les cubrían todo el cuerpo, a excepción de la coronilla, que es donde la chichera justo le asestó el golpe a Valdéz. Pero estos soldados se parecen más, por su armadura, a los conquistadores españoles que a los ejércitos de Bolívar. Por otra parte, doña Tulia, justo después de mencionar la batalla contra Valdéz, habla de otras agresiones que han sufrido los jenoyenses, esta vez por parte de los conservadores, a mediados del siglo XX.

Respecto a estas peleas, don Mesías Luna comenta:

y la gente [en ese tiempo] era muy unida, hasta la política, todos éramos liberales y de Nariño [poblado vecino de Jenoy] vuelta eran conservadores, y como en tiempos de elecciones todo el mundo tenía que ir a dar el voto a

Pasto, entonces eran tumultos. Aquí entonces pasaban formaditos los conservadores y un policía a un lado y otro y el padre a la cabeza para que aquí no les hicieran nada [...] una vez los derrotaron en la mina de arena allá en El Cuscungo, del bordo les dieron una pedrada y las mujeres salen encontrando al grupo que iba de Nariño por aquí en la mina y los cogen a piedra; es que las mujeres de Jenoy son bien bravas [...] En el 47 las mujeres les echaron piedra a los soldados que se escondieron en la escuela, que se iban a llevar a unos de aquí; unos salieron corriendo y los otros echaron bala y mataron a una señora, y ella que se agacha para coger una piedra y le dieron el balazo [...] luego se metió a la escuela el ejército, se metieron a la escuela y, sin saber qué hacer, echaron bala y mataron 7: esa fue la batalla de los mártires de Jenoy

En otras versiones de esta historia, se narra que si no hubiera sido por una niña que, de repente, se les apareció a unos policías en Pasto alertando de la masacre en Jenoy, habrían asesinado a todo el pueblo, ya que una turba armada venía desde el poblado cercano de Nariño para aniquilarlos. Muchos dicen que esta niña era la Virgen del Rosario, la misma que subieron a las bocas del Galeras cuando empezó a hacer fumarolas en 2005.

Las historias sobre esta Virgen son muy interesantes. Los jenoyenses relatan que ella remaneció en Sachapamba, un sector que actualmente hace parte de la vereda Bellavista y donde existen varios ojos de agua. Según cuentan, a la Virgen tuvieron que llevarla varias veces a la iglesia porque se devolvía al sitio donde la encontraron, hasta que, después de fuetearla varias veces, tuvieron que cortarle un pie para que no se volviera a escapar. La Virgen siempre aparece en los relatos de los jenoyenses, muchas veces también en relación con Juan rayo o el niño rayo de la historia de doña Pascuala. Que llevaran la figura a las bocas del volcán para calmarlo, no es otra cosa que la relación dual entre el agua, representada por la Virgen encontrada en Sachapamba, y el rayo o el fuego, representado claramente en el volcán.

Así, la manera de narrar la historia por parte de los jenoyenses continuamente nos da luces para entender la existencia de otras maneras de concebir el pasado, similares a otras comunidades rurales, indígenas y campesinas, de los Andes, donde el uso de dualidades e imágenes míticas está presente en su historiografía y en su relación con el entorno. Respecto a esto último, se hace evidente la manera como la historia está continuamente ligada al territorio. Según Rappaport, esta es una característica de las narrativas andinas sobre el pasado. Otros autores, como Herynaldi Gómez (2000), reafirman este aspecto. A propósito de su trabajo sobre la relación de los Nasa, en el Cauca, con su territorio, él señala: “el territorio es el texto donde se produce y lee la historia,

el lugar desde donde se construye la memoria y el punto de partida y llegada de las acciones políticas". Este autor pone en cuestión la mirada de la historiografía tradicional, que reconoce como único y universal el sentido de tiempo y de historia propio de Occidente, poniendo sobre la mesa "otras" maneras de percibir la historia y el tiempo. Por otro lado, Luis Guillermo Vasco (2000) igualmente nos acerca a la relación entre memoria, historia y territorio, esta vez desde la experiencia de vida del pueblo guambiano, expresando que: "al moverse por los distintos lugares y siguiendo las direcciones señaladas, se van ligando los diferentes tiempos y los acontecimientos que ocurrieron en ellos, relacionándolos con el ahora en que se recorre y con los propósitos y objetivos de hoy con los que se hacen tales recorridos".

Esta relación también se hace evidente en el tipo de metáforas que los jenoyenses utilizan en sus relatos, que igualmente aparecen en la carta de Nabor Erazo. Este último manifiesta que la casa del pueblo de Jenoy se sostiene sobre pilares de piedra labrada y sus derechos son como las raíces de las arboledas profundas que se hunden en la tierra, de los palos enterrados de sus casas y de las cruces de su cementerio, que por esta razón: "jamás nunca podría tomarse por la fuerza las tierras poseídas por los verdaderos dueños, la indiada, el pueblo de aborígenes de JENYO".

Don José Francisco Yaqueno, uno de los más importantes memoristas del pueblo, comúnmente habla en sus historias de que Jenoy se sostiene sobre tres enormes pilares de piedra que emergen de las bocas del Galeras y se internan en lo profundo de su territorio. Dice don José que, por esta razón, el pueblo de Jenoy nunca va a fracasar y mucho menos a desaparecer de la historia.

Este pueblo tiene roca de piedra que son pilares [...] un pilar pasa por todo el pueblo, el otro pilar pasa por la vuelta larga cogiendo hasta La Victoria [...] la que sale por Quebradahonda sale partes y esa sale por toda Quebradahonda y sale por el Maragato y esas son las tres corotas que forman arriba (José Francisco Yaqueno, 20 de abril de 2007. Grabación).

Por otro lado, el actual gobernador del cabildo, Aparicio Pasichaná, continuamente en sus intervenciones hace referencia a este tipo de metáforas:

El cabildo funcionó más de trescientos años, 57 años estuvo en receso, mas, sin embargo, las raíces de ese tronco han estado dando fertilidad a nuestra tierra, y a nuestras personas por esa herencia legítima y las escrituras grabadas en las piedras y documentos que nos dan pleno derecho a vivir en nuestro territorio (Aparicio Pasichaná, 27 de enero de 2008. Grabación)

Rappaport (2005) también muestra el uso de un lenguaje metafórico y la utilización de palabras como troncos, raíces y renacientes para mostrar el vínculo que hacen los cumbales con su pasado histórico. En el caso de los jeno-yenses, los troncos, raíces, ancestros, los usan para marcar una relación con quienes habitaron su territorio y sustentar su derecho sobre él.

Epílogo

Siempre junto a los relatos que he traído a esta ponencia, surgían voces que manifestaban que estos eran ejemplos de las luchas que se debían dar en el presente. Uno de los asistentes a un taller de memoria así lo expresaba:

eso [las historias] nos da firmeza para poder resistir aquí, porque el Galeras no ha hecho nada y ellos dejaron eso como un testimonio para decir que aquí estamos y aquí nos quedamos, aquí nos dejaron nuestros viejos y aquí tenemos que morir y dejar historia a los que vienen atrás, porque cuando termine este siglo contarán los que vienen tras los viejos, estamos, ya hechos tierra vivieron, aquí hicieron batalla, se hicieron respetar y nosotros tampoco nos vamos a ir de aquí. Cuántos miles de años habrán pasado cuando nuestros antecesores, los propios indios que vivieron en la época antes de la conquista tenían el santuario para orar a su Dios [...] Porque de no ser que ellos tuvieron que abandonar estas tierras perseguidos por el gobierno monarca, por la conquista que los españoles sólo buscaban a los indios para apoderarse de sus riquezas y tomarnos como esclavos. Tal vez ellos se enterraron en vida con lo que tenían y por allí encontramos riquezas que nuestros antecesores nos dejaron.

Patrick Morales Thomas, en su trabajo sobre el proceso de reetnización de los Kankuamo, señala cómo “la memoria indígena que se refiere al contacto con el otro [...] parece subrayar la experiencia de la crisis en detrimento del acontecimiento. De esta manera, se manifiesta en estratos superpuestos de un pasado inscrito en la larga duración y a su vez trastoca hechos y oblitera personajes como una manera de abordar desde el presente un conflicto inacabado. Estos eventos, la gran mayoría asociados a eventos traumáticos, son el motor de una reinterpretación periódica de memorias complejas y variadas evocadas en el mito, el relato y el ritual” (Morales, 2011: 380,381).

En Jenoy, el actual proceso que sus habitantes atraviesan, resultado de la subvaloración de sus creencias, el irrespeto hacia sus autoridades y a su deseo de vivir en su territorio, es un evento más de las constantes humillaciones que han tenido que soportar en su relación con el Estado y el resto de la sociedad. En este caso, la memoria juega un papel central. Como “una representación que hace parte de la realidad presente” (Wachtel, 1999:76), la memoria e his-

toria no se mienta sólo para deleitar, sino para “estimular a la gente a la acción (...) lejos de ser una simple selección de palabras sobre el pasado, [estas] historias evidencian la necesidad de una militancia en el presente” (Rappaport, 2005:18-22).

Entre los jenoyenses, existe una especie de necesidad y ansiedad por contar el pasado. Pero este “caldo de memorias” que brota con fuerza no es vano, tampoco el tipo de historias que he escuchado en mi relación con ellos. La necesidad de recordar tiene que ver con el presente que el pueblo y sus habitantes atraviesan, un momento crítico que ha marcado profundamente su vida. Recordar es, entonces, una necesidad, una especie de “obligación”, un deber para seguir existiendo, una forma de resistencia frente a un presente apabullante y un futuro incierto.

Pero, ¿por qué estas historias reaparecen en momentos críticos de la vida de los jenoyenses, como la carta de Nabor Erazo? En su carta, Erazo, manifiesta que la tierra de Jenoy es bendita porque allí tuvo lugar una batalla en la que los “esclavos del rey” mataron a piedra a los invasores. Es probable que con esta alusión, Erazo se refiera a la misma batalla que continúan narrando los actuales habitantes de Jenoy contra los ejércitos de Bolívar.

Que aparezcan estas historias y relatos de la resistencia y lucha de los jenoyenses contra los invasores de su territorio, no siempre de igual manera, pero con la misma sustancia, en momentos especiales de sus vidas, indica no sólo el papel del ejercicio de la memoria como fuente de la resistencia, sino, además, como menciona Morales, la existencia de “estratos superpuestos de un pasado inscrito en la larga duración” que, sin embargo, continuamente se reacomoda, reelaboran y resignifican, desde el territorio, desde la lectura de viejos documentos o, sencillamente, desde las múltiples versiones que una misma historia puede tener. Pero, ¿esta permanencia no es indicio acaso de algo más profundo? Porque finalmente...

Y, ¿qué tengo? ¡Nada! Solo el camino para andar. Y al final, tan solo la distracción del recuerdo”. Pero, tal vez, ese camino es un camino del corazón, un camino que hay que andarlo. Como el retorno o la búsqueda de una huella primera. No lo que se deja sino lo que hay que seguir, lo que hay que saber (Mamián, 2000: 76-77).

Bibliografía

FALS BORDA, Orlando. 1959. El vínculo con la tierra y su evolución en el Departamento de Nariño. En Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. 10 (12): 9-14. Bogotá.

GÓMEZ, Herinaldy. 2000. De los lugares y sentidos de la memoria. En Memorias hegemónicas, memorias disidentes: El pasado como política de la historia. Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano (eds.). Bogotá: ICANH – Universidad del Cauca.

MAMIÁN, Dumer. Junio de 2000. Rastros y rostros de un camino para andar. En: Revista Mopa-Mopa. No. 14. Instituto Andino de Artes Populares IADAP.

MAYORGA, Fernando. Mayo de 2002. La propiedad territorial en Colombia. Las tierras comunales, la colonización y la cuestión agraria. En Revista Credencial Historia. Bogotá Colombia.

MORALES THOMAS, Patrick. 2011. Los idiomas de la reetnización. Bogotá: UNAL.

MUÑOZ, Lydia Inés. 2003. Historia de Pandiaco. Desde la Colonia a la República (Siglos XVI – XX). Pasto: Academia Nariñense de Historia. Inédito.

RAPPAPORT, Joanne. 2000 [1990]. La política de la memoria. Interpretación indígena de la historia en los Andes colombianos. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

RAPPAPORT, Joanne. 2005 [1994]. Cumbre Renaciente: Una historia etnográfica andina. Bogotá: ICANH.

WACHTEL, Nathan. 1999. Memoria e historia. En Revista Colombiana de Antropología, No. 35. Bogotá:

VASCO, Luis Guillermo. 2000. La lucha guambiana por la recuperación de la memoria. En Memorias hegemónicas, memorias disidentes: El pasado como política de la historia. Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano (eds.). Bogotá: ICANH – Universidad del Cauca.

Abreviaturas:

AHP: Archivo Histórico de Pasto

FCP: Fondo Cabildo de Pasto